

Antón Costas

Futuro incierto, presente depresivo

Ocho años después de iniciada la crisis, el PIB y la renta de los hogares en la periferia europea aún no han recobrado los niveles precrisis. Y por si no fuese suficiente, la recuperación da señales de debilidad. Así lo confirman los pronósticos del FMI, que rezuman pesimismo sobre la eurozona. Una debilidad que también ha reconocido el ministro Luis de Guindos.

Algunos analistas hablan de una nueva recesión. Sería la tercera en menos de una década. Una perspectiva deprimente que intensificaría el dolor de muchas familias, aumentaría el malestar social y alimentaría el populismo.

Lo extraño es que existen factores que harían posible una situación diferente: los bajos precios del petróleo son propicios para la actividad, los bajos tipos de interés favorecen nuevas inversiones, la mejora del empleo debería impulsar el consumo de los hogares, los elevados beneficios de las grandes empresas posibilitan nuevos proyectos y la moderación salarial estimula la competitividad.

¿Por qué estos vientos de cola no impulsan una recuperación sostenida de la eurozona? Hay dos explicaciones.

La primera es la de las autoridades europeas. Según su diagnóstico, lo que debilita la recuperación sería la falta de reformas y la débil coyuntura económica internacional. Pero fíjense en este hecho. Al Reino Unido y Suecia, dos países europeos que tienen en común no pertenecer al euro, les va mejor. Tanto que el Parlamento finlandés ha pedido al Gobierno que estudie la oportunidad de salir del euro para seguir la senda de sus vecinos suecos. Frente a esta versión oficial existe otra explicación con mejores fundamentos en la teoría y los datos. Lo que estaría deprimiendo la actual coyuntura económica europea sería la incertidumbre sobre la capacidad de crecimiento a largo plazo de la eurozona.

Esto es intrigante. En tiempos normales es el presente lo que determina el futuro. Pero estos no son tiempos normales, ahora es la incertidumbre sobre el futuro lo que provoca un presente deprimente. Este incierto

A. COSTAS, *catedrático de Economía de la Universitat de Barcelona*

futuro hace que las familias reduzcan su consumo; que las empresas con beneficios en vez de invertir aprovechen para repartir dividendos, devolver capital y aumentar las retribuciones de la alta dirección, y que los inversores, en vez de apostar por nuevos proyectos, se refugien en las bolsas, lo que provoca nuevas burbujas. El resultado es que la recuperación se debilita enormemente.

Esta es, a mi juicio, una explicación más

Las autoridades europeas han impuesto las reformas que debilitan el crecimiento y han postergado las que lo favorecen

atinada. Pero plantea otra pregunta: ¿qué es lo que debilita la capacidad de crecimiento futuro de la eurozona?

La narrativa oficial dice que es el escaso espíritu reformista. Pero aquí también ha surgido una explicación alternativa. Según esta nueva visión, son las propias reformas impulsadas por Bruselas lo que estaría debilitando el crecimiento a largo plazo. Esta explicación



MESEGUER

es devastadora para la narrativa oficial. Pero, por venir de quien viene, vale la pena tenerla en cuenta.

Lo relevante es que no viene de ningún populista crítico con la UE y el euro, sino del FMI, un organismo poco proclive a la heterodoxia. En su último informe de primavera sobre perspectivas económicas (*World Economic Outlook*) incluye un capítulo sobre las reformas y su impacto en el crecimiento potencial que es un varapalo a la política económica europea.

El FMI se plantea la cuestión de cuál es el mejor momento para llevar a cabo las reformas que impulsen el crecimiento a largo plazo. ¿Cuándo la economía está débil o fuerte? La respuesta es que depende del tipo de reformas. Las orientadas a mejorar la competencia en los mercados de bienes y servicios deben ser puestas en marcha cuando la economía está débil porque sus efectos positivos son inmediatos. Al romper las conductas monopolísticas y los cárteles, esas reformas hacen que bajen los precios, aumente la renta disponible de los consumidores y mejore la eficiencia económica. Pero, por el contrario, las reformas que reducen los ingresos de los hogares y alteran sus planes de ahorro si se aplican cuando la economía está débil, empeoran las cosas. Este tipo de reformas, como las de las pensiones o las laborales, deben anunciarse, pero dejarse para cuando la economía se haya recuperado.

Sin embargo, las autoridades europeas han impuesto las reformas que debilitan la recuperación y el crecimiento potencial y han postergado las que lo favorecen. El resultado es dolor social, desorden político y daño a la economía. Si pudiesen ser acusadas de mala praxis, sería de juzgado de guardia. No obstante, a diferencia de los médicos, los políticos tienen la suerte de no poder ser acusados de negligencia profesional.

Pero no pierdo la esperanza de que el conocimiento ayude a cambiar las cosas. Sabemos lo que necesitamos: una mejor combinación de estímulos que aumenten la demanda y que conjuren una nueva recesión con reformas que potencien el crecimiento a largo plazo y despejen la neblina de incertidumbre sobre el futuro. Sólo así mejorará el presente.●

Pilar Rahola



Puigdemont, Carles

Llegó por la puerta de al lado, justo al tiempo que Artur Mas ocupaba ese otro lado cercano a la presidencia, pero ya fuera de ella. Y nada más llegar se le negó el pan y la sal, convertido en una especie de marioneta del líder indiscutible de la casa grande convergente. Inés Arrimadas resumió ese desdén público jugando con los apellidos, lo cual, dado el propio apellido, es una osadía. “Más de lo mismo”, le espetó a Carles Puigdemont cuando aún no era Molt Honorable, pero estaba a punto.

Y así, con esa imagen de extensión artúrica, que alimentaban adversarios y... aliados, el exalcalde de Girona entró en el Palau de la Generalitat.

La letanía había quedado fijada: Mas gobernaría a través de su pupilo Puigdemont.

No tengo dudas de que, más allá de la maldad propia de la rumorología política, esa idea nace de un gran desconocimiento de los protagonistas. Para quienes conocíamos ambas bestias, era inimaginable en las dos direcciones: inimaginable que Artur Mas no respetara los límites de la presidencia, cuando esa idea, la del respeto institucional, está en su propio ADN; y era inimaginable que Puigdemont, que

Es de justicia afirmar que Catalunya ha cambiado de presidente sin perder fuerza en la presidencia

siempre ha ejercido con autoridad su cargo de alcalde, hubiera permitido dicha intromisión. Por supuesto, la complicidad entre ambos es profunda, el liderazgo político y moral de Artur Mas es indiscutible, y ambos trabajan al unísono en la consolidación del proceso catalán. Pero Puigdemont es hoy por hoy el presidente de la Generalitat, y si ello era cierto en privado desde el minuto uno, empieza a ser cierto para la mayoría cien días después.

Quizás ese es el mayor logro de Puigdemont, haber conseguido una pronta autoridad sin desautorizar a su predecesor y, al tiempo, haber cuajado un perfil propio. A partir de aquí, ciertamente todo es complejo: la relación inter pares con Junqueras, la estabilidad del Govern, los equilibrios con la CUP, las arcas vacías, la presión del Estado, las balas contra el proceso disparadas desde todos los flancos, y el resto del etcétera. Pero es de justicia afirmar que Catalunya ha cambiado de presidente sin perder fuerza en la presidencia, y ese milagro era el que no imaginaban los infieles. Por supuesto, aún queda mucho por demostrar, y en una legislatura tan delicada como esta, con un proceso en marcha que contiene tanta ilusión como incógnitas, el presidente Puigdemont deberá sacar todos sus arrosos para gestionar la enorme complejidad que se avecina. Pero a cien días del cargo, algunos hitos se han conseguido. El primero, coger la medida a la presidencia; el segundo, crear un espacio propio sólido y creíble; el tercero, proyectar su autoridad sin fisuras, y finalmente, ser reconocido como el interlocutor catalán para el resto del paisaje. Y a todo ello cabe añadir el denso programa político que acaba de presentar. No es poco bagaje para alguien que pasó de ser alcalde a presidente en un suspiro.●

Joan Fontrodona

¿Qué debemos a los refugiados?

Puede que no tengamos ninguna obligación legal con los refugiados agolpados en nuestras fronteras, o incluso que algunos esgriman la ley para poner trabas a su acogida. Pero tenemos una deuda moral pendiente con ellos y con todos a los que Francisco ha calificado como “descartados”. Personas que, compartiendo la misma dignidad, no comparten las mismas condiciones de bienestar y sufren los efectos del desequilibrio social. Quienes disfrutamos de una posición social desahogada tenemos la obligación de contribuir a mejorar la sociedad; más, cuanto más capacidad tengamos de hacerlo.

Hay tres consideraciones indispensables para abordar el conflicto y discernir la gran-

J. FONTRDONA, *profesor del Iese, Universidad de Navarra*

deza de miras o la bajeza moral de las diversas propuestas:

Primera, la respuesta a la crisis no puede eludirse. No lo hemos buscado, pero está ahí y no podemos mirar a otro lado. Decía Tomás de Aquino que “quien está obligado a hacer algo no puede descuidarlo si puede cumplirlo”. Supone una irresponsabilidad tanto negar la ayuda a los necesitados, si podemos ofrecérsela, como dejar que otros se ocupen del problema para no sufrir nosotros las consecuencias.

Segunda, la respuesta no puede ser ingenua. Proponer medidas irreales puede ser tan poco ético como negar el problema. Tan irresponsable es defender algo que no podemos cumplir como no poner los medios suficientes o no ser consciente de los efectos.

Tercera, la respuesta debe ser valiente. Decía Aristóteles que cobarde es el que, por

miedo a los costes, permanece inmóvil ante los conflictos. Temerario, el que subestimando el peligro, toma decisiones sin importarle las consecuencias. El valiente, en cambio, conoce los riesgos y pone los medios para superar con éxito la adversidad. No es tiempo de temerarios ni de cobardes. Es tiempo de ayudar con valentía a los que sufren, aunque sea costoso para los que vivimos cómodamente.

La decisión que Europa tome tendrá consecuencias en su conciencia colectiva. Europa ha propuesto al mundo valores que se han tenido por universales, como la libertad, la igualdad, la solidaridad o un innegable cuidado por la persona. Estamos en un momento clave para mantener viva la identidad europea: si afirmamos que nuestros valores son universales, más vale que empeemos por aplicarlos universalmente.●